

Potser per cercar noves maneres d'interessar el públic en la literatura, Joan Alegret inventà una manera original i lúdica de presentar la literatura: parlar dels escriptors a partir dels signes del zodíac. Era una manera de mostrar dades, conceptes i idees que podien semblar massa ardues a un públic poc avesat a la rigidesa dels experts. Sobre aquest tema en va fer nombroses conferències i curssets. I, malgrat el projecte d'escriure'n un llibre (per al qual fins i tot tenia editor), mai no va arribar a dur a terme aquesta obra, que segurament hauria estat un èxit editorial. Alegret emprava els signes del zodíac per dir el que coneixia de cada autor i per fer-lo atractiu al públic.

A més, en els seus treballs sobre la literatura catalana del segle xx hi ha dues línies més que cal remarcar. La primera és la recerca sobre els aspectes mètrics de la poesia contemporània i, molt especialment, l'estudi del tanka, l'estrofa d'origen japonès, que també va estudiar en dos poetes catalans: Carles Riba (1991) i Màrius Torres (2000). Com sabem, aquest interès pel tanka també es va fer palès en el vessant d'Alegret com a poeta i traductor. La segona línia és l'anàlisi detalladíssima de les fonts poètiques franceses del segle XIX en la poesia mallorquina, amb treballs tan interessants com «Sobre les fonts poètiques franceses de Miquel Costa» (1998) o «Les fonts literàries de *La deixa del geni grec*» (2004), i l'estudi, també, de la poesia d'un altre *afrancesat*: Llorenç Riber (2011). Alegret tenia un coneixement molt profund de la poesia francesa del XIX, que havia llegit molt minuciosament, la qual cosa li permetia detectar-ne les petjades en els nostres poetes.

A aquesta valuosa obra com a investigador cal afegir que va tenir també un especial interès per alguns poetes contemporanis, als quals prologà llibres, com David Jou, Teresa d'Arenys, August Bover, Lluís Urpinell, etc. Alegret va deixar nombrosos estudis i articles literaris inèdits i d'altres perduts en publicacions disperses, per la qual cosa és necessari que tota aquesta obra sigui reunida i editada en volums.

Una altra faceta de Joan Alegret va ser la traducció poètica. Va traduir al català un centenar de sonets occitans, que estan en curs de publicació. També va fer la versió catalana d'un centenar i mig de sonets portuguesos (65 dels quals foren publicats), que sobretot tenen com a denominador comú l'interès pel barroc. I, a més, va traduir tres-cents trenta-tres tankes japonesos. Igualment, va conrear la poesia, també en la forma del tanka, i en publicà una selecció titulada *Poemes* (2002) al número 126 de la col·lecció Poesia de Paper que editava l'Obra Social i Cultural de «Sa Nostra». Tot i això, una gran part dels seus poemes han quedat inèdits. I sabem que també escrivia un diari, que de moment resta inèdit.

Joan Alegret va ser un savi insòlit i irrepètible, que deixà una petjada inesborrable en els seus amics, alumnes i companys. Home de coneixements enciclopèdics que abastaven els terrenys més diversos i llunyans, es caracteritzà per la generositat a l'hora de transmetre el seu saber. Tot i que va deixar una obra no gaire extensa i en bona mesura inèdita, els seus treballs són d'una solidesa impecable, fruit del rigor i de la intensitat amb què treballava. Joan Alegret fou un gran professor, un bon escriptor i traductor, un magnífic estudiós de la literatura i, sobretot, un company i amic excel·lent.

Pere ROSSELLÓ BOVER
Universitat de les Illes Balears

MANUEL SECO REYMUNDO
(1928-2021)

Manuel Seco murió en Madrid, donde había nacido, el día 16 de diciembre de 2021. Para muchos, su ausencia pasará inadvertida. Para algunos, con su muerte se pierde uno de los mejores filólogos españoles del siglo xx, y esa es razón más que suficiente para que en las páginas de *Estudis*

Romànics se publiquen estas líneas de reconocimiento. Para mí, además, desaparece un amigo, como él me consideró casi desde el día en que nos conocimos, hace ahora más de 30 años.

Glosar los méritos profesionales y académicos de alguien como Manuel Seco no debiera ser en absoluto difícil, pero exige un esfuerzo adicional para darle a esta nota el relieve que le corresponde, precisamente por tratar de alguien como él, que nunca quiso hacer alarde de los méritos acumulados a lo largo de su carrera.

Tras obtener el título de licenciado por la Universidad Complutense de Madrid —con premio extraordinario— en 1952, orientó su vida profesional, como entonces era casi de rigor para los titulados en Filología Románica, hacia lo que en aquellos momentos se denominaba Enseñanza Media. Después de varios años de docencia como profesor contratado, ganó la cátedra de Instituto en 1960. Como resultado de aquella oposición existe una primera muestra de su capacidad para hacer fácil y claro lo que otros presentan difícil y oscuro: la memoria que presentó para concursar a las plazas convocadas, que el Ministerio de Educación publicó en 1961 con el título de *Metodología de la lengua y literatura españolas en el Bachillerato*. Como profesor de la materia obtuvo destinos sucesivos en Ávila, Guadalajara y Madrid, hasta su jubilación en 1993. No han faltado quienes han insistido en que Seco *solo* fue catedrático de Instituto, y no de Universidad, como pensaban —y aun decían— algunos de los que fueron sus compañeros filólogos de la Real Academia Española. Ángel López García-Molins, en su muy bien planteada nota necrológica publicada en la página electrónica de INFOLING, recordaba que, gracias a esta hipotética mengua, Manuel Seco «fue un académico a carta cabal y, seguramente, pudo serlo porque le faltaba el escalón precedente», la cátedra universitaria.

Porque su dedicación temprana a la enseñanza en una etapa entonces centrada en los alumnos de 10 a 17 años no impidió que, desde el primer momento, diera muestras de no renunciar a su profunda vocación de lingüista, materializada ya unos años antes, cuando en 1954 reeditó y anotó el *Manual de gramática española* de su padre, Rafael Seco, obra en la que desde la década de 1930 muchos estudiantes habían aprendido —y otros muchos iban a aprender después en las varias reediciones ampliadas por Manuel que tuvo la obra— las bases gramaticales de nuestra lengua. Algunos años más tarde, en 1972, Manuel publicó su propia *Gramática esencial del español*, libro de cabecera para cuantos en esa misma década pretendíamos abrirnos paso en la enseñanza a partir de una obra gramatical clara y completa. Una obra reeditada y reimpressa también varias veces, en la que, con palabras de su autor, queda claro que «el instinto general de conservar el medio de comunicación con los demás [...] es el que establece las normas que rigen el habla en cada comunidad» (§ 16.3.4).

Por supuesto que esta forma de considerar la norma idiomática solo es una parte mínima de la concepción general acerca de ella mantenida por Manuel Seco a lo largo de su extensa obra. De tal concepción con múltiples facetas deriva la publicación, en sus primeros años como catedrático de Instituto, de la obra que, probablemente, ha hecho más conocido a Manuel Seco en los ámbitos ajenos al desempeño estricto de la filología: el *Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española*, impreso y reimpresso, editado y reeditado, siempre con cuidadosísimas actualizaciones, desde 1961 hasta nuestros días (últimamente con el título de *Nuevo diccionario de dudas y dificultades de la lengua española*). No son pocos, empezando por el *Diccionario panhispánico de dudas* de la Real Academia Española (2005), los repertorios de este tipo que han seguido los pasos del *Dudas* original, tanto en la organización de sus contenidos como incluso, de manera poco disimulada, en el propio título de la obra. El suyo se distingue, sobre todo en las últimas ediciones, por conjuntar el más exquisito rigor filológico con el deseo de no plantear el uso idiomático correcto como un rígido corsé: «Por naturaleza, la lengua, que es de todos, no puede por menos de ser más tolerante que cada uno de nosotros», dice en el prólogo de la 10.^a edición. Y es que a Seco siempre le preocupó más cómo es (y por qué lo es) que cómo debe ser nuestra lengua. La misma intención

le llevó algunas veces a apartarse del criterio académico (él, que hasta hace unos pocos meses era el decano de la institución), sobre todo cuando, a su juicio, las obras publicadas por la corporación española y sus academias asociadas modifican sin motivo suficiente, o con criterio dudoso, las normas que rigen el complejo sistema ortográfico, gramatical y léxico de nuestra lengua.

El estudio de la lengua literaria y su relación con el habla real es otro campo en el que se manifestó el afán intelectual de Manuel Seco desde sus primeras aportaciones a la filología española. Unas pocas muestras dan buena cuenta de tal interés. Comenzando por su espléndida tesis doctoral, presentada en 1969 —y también merecedora de premio extraordinario, así como del premio Rivadeneira de la Real Academia Española— con el título de *Arniches y el habla de Madrid*, que la editorial Alfaguara publicó en 1970. Tres años más tarde, su contribución a un innovador proyecto de buena didáctica del español al incluir en el primer tomo (1973) de la colección que la editorial Castalia dedicó a «El comentario de textos» un trabajo sobre «La lengua coloquial. “Entre visillos”, de Carmen Martín Gaité». Y, en 1983, su estudio titulado «Lengua coloquial y literatura» en el *Boletín Informativo* de la Fundación Juan March. Estos trabajos, de muy desigual volumen, tienen, sin embargo, idéntico mérito en cuanto modelos de estudio de la variación lingüística en el español literario. Su interés por tal materia, no puedo resistirme a mencionarlo aquí, permaneció con los años, como lo demuestra que accediera a prologar en 1999 un estudio del autor de estas líneas, *La lengua como elemento caracterizador en las Novelas españolas contemporáneas de Galdós* (Universidad de Valladolid), en el que demuestra un conocimiento de la obra del escritor, canario por su nacimiento pero madrileño por vocación, como afirma Seco en su impagable texto prologal, más profundo que el de muchos que se proclaman expertos en la materia.

Último paso en este recorrido —que bien sabe Dios con cuánta pena voy trazando— por las distintas facetas (gramática, norma lingüística, lengua coloquial y literaria) de la obra de quien todo lector de esta revista sabe que ha sido uno de los referentes indispensables en la lingüística española es un aspecto de su obra que, por haberla dejado para el final, es, precisamente, la más importante en su trayectoria: la lexicografía de la lengua española, estrechamente vinculada durante muchos años a su labor como miembro de la Real Academia Española, en la que ingresó, tras haber sido presentado por Rafael Lapesa, Pedro Lain Entralgo y Julián Marías, en noviembre de 1980.

De la mano del propio Rafael Lapesa, su maestro, Manuel Seco había entrado a formar parte en 1962 del Seminario de Lexicografía de la Academia, fundado en 1946 por Julio Casares para la elaboración del *Diccionario histórico de la lengua española*. Desempeñando las labores sucesivas de redactor, redactor especial, redactor jefe y director (desde 1981), permaneció en el Seminario, sede de un minucioso trabajo filológicamente impecable, hasta el año de su jubilación como catedrático de Instituto, en 1993. Mantener al mismo tiempo, al menos sobre el papel, ambas dedicaciones, a la enseñanza y al trabajo como lexicógrafo, no fue para Seco tarea fácil. Entre 1970 y 1977 estuvo excedente de la cátedra, para más tarde reincorporarse a su plaza y obtener, por intercesión —repetida cada año— de la Real Academia ante el Ministerio, una poco estable comisión de servicio que le permitió no renunciar definitivamente a su puesto como funcionario. Hasta que cumplió 65 años, momento en que, con todas sus extraordinarias facultades en pleno vigor y las ideas claras acerca de lo que debía hacerse en la redacción del *Diccionario histórico* para remediar su crónica lentitud, fue *invitado* a jubilarse como director del Seminario, con una prisa que también pudiera interpretarse como deseo de quitarse de encima a alguien molesto por su independencia de criterio. Y todo para que el proyecto académico del *Diccionario histórico* acabara por naufragar por segunda vez (la primera fue cuando se decidió interrumpir una obra del mismo tipo e idéntico título, publicada por la Academia entre 1933 y 1936, en el momento en que, finalizada la guerra civil, Julio Casares fundó el Seminario y decidió empezar de nuevo sobre bases más sólidas que las del interrumpido repertorio). Produce desconsuelo recordar que, tras la paralización del

proyecto de Casares, Lapesa y Seco, de una calidad sobresaliente, la Academia volvió a cometer la ligereza de querer empezar desde cero. Cuando han pasado más de 20 años desde que comenzó a prepararse la (hasta ahora) última versión, y pese a los medios técnicos y humanos que permite una generosa dotación económica del Gobierno español, el *Diccionario histórico* de nuestra lengua vuelve a situar el remate de sus trabajos en un indeterminado punto del futuro, sin poder superar —probablemente ni siquiera igualar— la extraordinaria calidad alcanzada por los artículos publicados entre 1962 y 1996.

Algunos años después, la corporación trató de rescatar para el trabajo lexicográfico al académico que en mejores condiciones estaba para desempeñarlo, pero solo como asesor del Instituto de Lexicografía, organismo creado en 1991 como remedo —y casi competidor— del Seminario. En cuanto tal asesor, orientó la redacción de dos de los repertorios menores de la Academia, el *Diccionario del estudiante* (2005) y el *Diccionario esencial* (2006). Al menos durante estos años, prefirió no vincular a su labor de asesoría la redacción del *Diccionario* académico por excelencia (el entonces denominado *DRAE* y hoy conocido por su menos identificadora sigla de *DLE*), sabiendo que en su preparación intervenían activamente compañeros suyos del pleno académico en cuyo buen sentido lingüístico confiaba poco, y todavía horrorizado por la precipitación con la que se concluyeron los trabajos preparatorios de la entonces última edición del repertorio (la 22.^a), cuya aparición estaba prevista para fines del año 2002, pero que se adelantó a octubre de 2001 —con los riesgos que tal precipitación acarrea— por caprichosos motivos de política extraacadémica.

Costaría trabajo decir ahora que la Academia se portó como se merecía con el mejor lexicógrafo que ha tenido entre sus miembros. Es preferible suscribir la afirmación de Ángel López cuando afirma, en su artículo necrológico antes mencionado, que Manuel Seco, «en vez de aprovecharse de su condición de académico, fue la Academia quien se benefició enormemente de su trabajo».

Por fortuna, las reservas filológicas de Seco no se habían extinguido con su participación en las tareas lexicográficas sincrónicas y, sobre todo, diacrónicas de la Real Academia. Desde antes de 1970 había concebido la idea de preparar un diccionario del español contemporáneo que recuperara las muchas virtudes del primer repertorio académico, el llamado *Diccionario de autoridades* (1726-1739), y que al mismo tiempo careciera de los inconvenientes inherentes a la aplicación del llamado *método colegiado* que caracteriza a las ediciones sucesoras de aquel brillantísimo lexicón desde que comenzó a publicarse, en 1780, «reducido a un solo tomo para su más fácil uso» (y después para su más fácil venta) mediante el sistema de amputarle los textos que autorizaban cada definición.

Apoyándose en un equipo identificado con su proyecto, en el que destaca Olimpia Andrés (sin la que, según Manuel Seco, con la humildad que lo caracterizaba, no hubiera sido posible conseguirlo), llevó a su término el que sin duda debemos considerar hoy el mejor y más completo repertorio de nuestra lengua en su uso europeo: el *Diccionario del español actual*, que, publicado en 1999 y vuelto a editar, una vez revisado, en 2011, recupera el sistema de los textos seleccionados para garantizar la validez de las definiciones a las que acompañan. Si a este recurso, utilísimo para el consultante que sabe apreciarlo y explotarlo, le unimos una técnica lexicográfica clara y coherente, sabremos por qué la obra recibe de manera casi unánime la calificación superior a la que antes se ha hecho referencia. Calificación extensiva a un repertorio derivado del *DEA*, el *Diccionario fraseológico documentado del español actual* (2004), en el que se recogen las locuciones y modismos de nuestra lengua —y algunos más— registrados en la edición del diccionario aparecida en 1999.

Todo esto, y nada menos que todo esto, es lo que se refiere al Seco *misionero* de la lexicografía, es decir, al esforzado practicante del «arte de componer léxicos y diccionarios», tal como definía esta disciplina, hasta no hace tanto tiempo, el repertorio académico. Pero también situó su obra entre los *teólogos* de la materia, como, con toda la ironía que le caracterizaba, definía a quienes teorizan sobre los diccionarios y se dedican, con creciente interés y éxito académico, a analizar los

ya compuestos, es decir, a aquellos especialistas que han dado en llamarse *metalexícógrafos*. Aunque a él no le gustaría en absoluto verse señalado por este rótulo, entre las publicaciones de Manuel Seco encontramos algunas de las páginas más lúcidas y mejor documentadas sobre técnica lexicográfica, acerca de la lexicografía diacrónica (a la que dedicó su discurso de ingreso en la Academia, titulado *Las palabras en el tiempo: los diccionarios históricos*) y sobre distintas obras y autores de diccionarios antiguos y modernos de la lengua española (Sebastián de Covarrubias, Ramón Joaquín Domínguez, el *Diccionario manual* de la Academia, María Moliner...), reunidos todos en un volumen (*Estudios de lexicografía española*) publicado por la editorial Gredos en 2003.

Completada, por fuerza de manera superficial, la relación de las aportaciones de Manuel Seco al campo de la filología española, no debemos olvidar, para que esta nota no quede menguada, el repaso de los reconocimientos que le han sido ofrecidos, y que podemos resumir (al homenajeado es seguro que al llegar a este capítulo le hubiera gustado pasar sobre él como de puntillas) del siguiente modo: fue miembro de honor de la Academia Colombiana de la Lengua y del Instituto Caro y Cuervo de Bogotá (1995), investigador honorario del Instituto Boliviano de Lexicografía (1999), socio de honor de la Asociación de Profesores de Español (2000), presidente (después presidente honorario) de la Asociación Española de Estudios Lexicográficos (2003) y miembro de la Junta del Patronato de la Fundación Ramón Menéndez Pidal (2004-2007). Recibió el Premio de Cultura 1999 de la Comunidad de Madrid, la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio (1999) y el Premio Internacional Menéndez Pelayo (2015). Fue investido doctor *honoris causa* por la Universidad de Alicante (2010). Y fue homenajeado en dos volúmenes de estudios a él dedicados: *Lengua y diccionarios* (18 estudios reunidos por Pedro Álvarez de Miranda y José Polo y publicados por Arco/Libros en 2002) y *Estudios de lingüística española* (24 estudios editados por Félix Rodríguez González, publicados por la Universidad de Alicante en 2012).

Si aparentemente no era difícil glosar los méritos académicos y profesionales de Manuel Seco, es tarea casi imposible reflejar en estas líneas algo mucho más importante: su gran calidad humana, su capacidad de estar siempre atento a las personas que él quería, su sentido del humor manifestado en una permanente visión crítica e irónica del mundo que lo rodeaba («Mi mundo no es de este reino», le oímos decir más de una vez)... No encuentro manera mejor de cerrar esta nota que manifestando mi alegría por haber podido tratarlo con la admiración y el afecto que él merecía, y dejando constancia de mi profunda tristeza al saber que ya no podemos contar con su presencia.

Rafael RODRÍGUEZ MARÍN
Universidad Nacional de Educación a Distancia

MIQUEL STRUBELL I TRUETA
(Oxford, 1949- Palamós, 2022)

La mort de Miquel [Jordi]¹ Strubell i Trueta el 5 de març de 2022, pocs dies abans de complir els 73 anys, va causar una gran consternació en l'àmbit de la sociolingüística i els moviments cívics catalans, camps en què havia desplegat una intensa activitat. També personalment em va afectar molt, a causa de l'amistat que compartiem des dels anys en què vam col·laborar, primer a la Direcció General de Política Lingüística i després a la Universitat Oberta de Catalunya (UOC). Aquestes notes, probablement incompletes, voldrien fer justícia a tot el que li devem.²

1. Aquest era el seu segon nom, que usava ocasionalment, també en anglès —Michael George.

2. Només donem compte de les activitats i publicacions més rellevants, al costat de les quals hi ha una infinitat d'articles seus en revistes i capítols de llibre.